

Antero* Chávez Rodríguez

POR VERÓNICA BENÍTEZ

ESTOY AQUÍ PARA
HACER VIBRAR A LA
GENTE, PARA
COMPARTIR AQUELLO
QUE AÚN NO PUEDO
ENTENDER Y QUE ME
APASIONA
PROFUNDAMENTE:
LA MÚSICA

Recuerdo que en mi casa había dos mamás, la que mandaba, ordenaba y organizaba, y la que aparecía como a las cinco de la tarde. Cuando acababa con todos los trabajos de la casa, entonces ella se pintaba, se arreglaba, se transformaba y se sentaba a tocar el piano. De sus manos brotaba la música de Bach, Beethoven, Chopin, Lecuona etc. Esto era lo que yo escuchaba desde su vientre materno y pienso que esto marcó para siempre mi vocación musical. Mi padre era un músico bohemio que cantaba. Se fue cuando yo tenía tres años.

Quando le dije a mi mamá que quería ser músico, me contestó que no, porque para ella los músicos eran borrachos, parranderos, mujeriegos y mal pagados, y en esto último cuánta razón tenía. Me contestó que yo iba a estudiar una carrera universitaria y que, por ejemplo, Mozart a los cinco años ya componía, mientras yo no sabía nada de música. Cuando estás chico, haces lo que dice mamá, y más cuando no hay un papá a quien recurrir.

Tendría yo cinco años cuando supe que quería ser músico. Resulta que estaba jugando en la calle y entré a mi casa a tomar agua, cuando en un tocadiscos que trajo mi hermano Miguel se escuchaba la Pequeña Serenata Nocturna de Mozart, pieza que me gustó mucho. Le pedí a mi hermana que pusiera otra vez esa música y me quedé escuchándola como cuatro horas. Al día siguiente me fui a la escuela silbándola y de ahí en adelante ya no salí a jugar, me quedaba toda la tarde escuchando música.



¹ Antero significa amor correspondido



Afortunadamente la arquitectura me ayudó, porque me sirvió para mantenerme: iba a las compañías constructoras, a los despachos de arquitectos, podía hacer planos y maquetas. Incluso hice mi examen en el Instituto Mexicano del Petróleo y me aceptaron. Ahí estaba trabajando muy bien, entre puros ingenieros.

Desesperado por ser músico le comenté a mi cuñado, el esposo de una de mis hermanas, quien vivía aquí en México y había padecido de lo mismo, porque su papá aun siendo maestro de música nunca quiso que ellos se dedicaran a lo mismo. Él me dijo “te voy a ayudar, yo conozco al licenciado Colmenares que es amigo del licenciado Mata, que era el papá de Eduardo Mata. Él está en el taller de composición de Carlos Chávez, velo a buscar de mi parte”. Estuve esperando afuera del conservatorio y, de repente, salió Mario Lavista. Le pregunté por el maestro Eduardo Mata y me dijo “él no está, pero a lo mejor yo te puedo ayudar”. Le conté mi historia y me dijo: “déjame ver con la secretaria del director del conservatorio. Háblame y te doy una respuesta”. Cuando le llamé me dijo: sólo hay una opción, no puedes estudiar piano, violín, etc, pero hay un maestro, Carlos Luyando, timbalista de la Sinfónica Nacional que solo tiene cinco alumnos puedes ser percusionista. Yo pensé, nunca le he puesto mucha atención a eso, pero ni modo, con tal de ser músico, no importa. Cuando platicamos el maestro Luyando y yo, me aceptó inmediatamente en su grupo. Salía del IMP a las tres de la tarde y tenía que llegar al conservatorio a las cuatro, lo cual era muy difícil y siempre llegaba tarde a la primera clase, que era solfeo, con un maestro muy inhumano, que no aceptaba explicaciones. Yo veía el conservatorio como la catedral y decía “de este templo yo soy, ésta es mi casa”, pero te vas encontrando con la cruda realidad de que hay muchos burócratas.

Un maestro puede acabar contigo o puede guiarte con su ejemplo. En la Facultad de Arquitectura tuve excelentes maestros que hicieron que las matemáticas me gustaran.

Mi niñez y mi juventud fueron muy tristes. Mi mamá murió cuando yo tenía diez años, pero ese tocadiscos fue un parteaguas en mi vida. Esperaba con ansias que terminara la escuela para llegar a mi casa, y escuchar más y más música. Terminé la prepa como por obligación. Me vine a México a estudiar una carrera, “la que yo quisiera siempre que no fuera música”. Analizando, decidí que la arquitectura tiene mucho que ver con la belleza y el arte. Como me gustaba dibujar y crear con plastilina, pues me inscribí en la Facultad de Arquitectura.

La Ciudad de México me impresionó, la vi tan grande, tan hermosa; yo venía de Ciudad Juárez y me dije: “yo de aquí soy, qué ciudad más maravillosa”. Escuchaba Radio Universidad y oía que en el noticiero ponían buena música, con varias orquestas sinfónicas. Aquí estaba la plaza de Toros más grande

del mundo y una universidad impresionante (CU), además había varios cines y se podían ver tres películas por dos pesos. Estudié varios semestres de arquitectura y un buen día regresé a Ciudad Juárez y le dije a mi hermano que ya no iba a estudiar arquitectura, que iba a ser músico. Imagínate, después de que él con tanto sacrificio sacó adelante a todos los hermanos. Me dijo “si eso quieres, tú te vas a mantener, vas a pagar tus gastos”.

Me regresé a la Ciudad de México como pude y me fui al conservatorio para inscribirme. Cuando llegué ahí, había una cola grandísima, y que me dicen: “y usted ¿qué instrumento toca? —yo, pues ninguno— ¿Ha estudiado música? —pues no— ¿Cuántos años tiene?— pues 21 —No, aquí tiene que venir de doce años, con todo y el instrumento, para poder ingresar”. Ese fue uno de los días más tristes de mi vida, salí llorando.

En el conservatorio tuve muy buenos maestros. Recuerdo con mucho cariño a Carlos Luyando, timbalista de la Sinfónica Nacional, quien era tan maravilloso que me preguntaba por mi familia, por mi novia, por si ya estaban contentos con mi decisión de ser músico; me preguntaba si ya había comido, si tenía yo dinero para mi transporte. Y pues no, la novia que tenía me terminó, su familia se opuso. Me quedé solo en el DF, sin novia, sin familia, pero sacrificando todo por la música.

Al maestro Luyando, a Eduardo Mata y, principalmente, a Rosita les debo mucho. Un día estaba yo en el IMP, donde ya tenía seis años de antigüedad y de verdad era muy bueno en mi trabajo, cuando en esa ocasión estaba tan desesperado que me salí del trabajo y me fui a buscar a Eduardo Mata. Cuando salió del conservatorio le dije: "Eduardo, yo quisiera entrar a la Filarmónica de la UNAM", y le conté mi historia, a lo que él respondió que me entendía muy bien. Yo lo conocía de unas clases que dio sobre apreciación musical en la Casa del Lago y tal vez de ahí me ubicaba, pero amigos no éramos. Sin embargo, Mata me dijo "te voy a ayudar, voy a tratar de pagarte no menos de lo que estás recibiendo en el IMP". Yo ya tenía como seis años estudiando percusiones. Me dio el trabajo.

Cuando entré a la UNAM, me casé con Rosita. Encontré a la mujer más maravillosa y la más hermosa. Ella fue maestra de música y tenemos 40 años de casados. Participamos los dos en la obra de teatro Roszencranz y Gildens-tern han muerto y ahí la conocí. Ella actuaba de reina de Inglaterra y yo era un cómico: nada más parecido a la realidad. En ese entonces yo silbaba el concierto para oboe de Marcello y gracias al silbido fue que ella se acercó a mí y hasta la fecha. Bendito Marcello.

Los hijos me han dado a mí tanta felicidad, me divertí tanto con ellos: jugué todo lo que no jugué de chico, al fútbol, los llevaba al cine porque soy un fanático del cine. Éste ha tenido una influencia grande en mi vida musical; por ejemplo, la película *Fantasia* fue

involocación para mí, por ella reafirmé mi vocación tanto por la música como por la imagen.

Nuestra hija Citlali es saxofonista, tiene un cuartero de mujeres que tocan jazz llamado Nectli y es miembro de la Big Band Jazz de la Ciudad de México. Tienen mucho éxito, viajan mucho. Ella es la mamá de mi nieto más chico, Rodrigo, a quien se conoce como "maestro Patch". Déjame decirte que el maestro Patch es muy respetado en la Filarmónica, cuando me acompaña todo mundo dice: "viene el maestro Patch, tenemos que tocar muy bien porque él es muy exigente, y nos regaña si no lo hacemos bien". Este maestro no perdona. Al maestro Patch desde los dos años le gusta ver videos del director de orquesta Carlos Kleiber y se sube a la mesa toma un popote y desde ahí dirige a una orquesta imaginaria, pero muy bien. Es simpático, cuando en el video el director entra, él entra; cuando dirige, él dirige, y cuando sale, él también se retira. Los abuelos estamos para echar a perder a los nietos, para consentirlos, para disfrutarlos y amarlos, sobre todo cuando convivimos mucho con ellos.

Me gusta pintar, y también participé en un concurso en el que diseñé un cartel y gané un premio que otorgó la UNAM al mejor cartel. Adoro el cine, en especial las películas de Chaplin, Fellini y Woody Allen. Soy puma de corazón y me gustan las corridas de toros.

Si volviera a nacer, volvería a hacer lo mismo. Poca gente me comprende; por ejemplo, cuando ingresé a la Filarmónica de la UNAM mis hermanos me dijeron: "tocas en la Filarmónica de la UNAM, pero no tienes dinero". No entienden esta pasión y es que yo todavía no entiendo a la música, no entiendo por qué al escuchar una melodía ésta me puede hacer llorar. Como le hizo el compositor para escribir eso que te enchina la piel, que te produce tal sentimiento, es para mí un misterio.

No todos los músicos componen. La música está integrada por una trinidad, es como una pirámide formada

por el compositor, el interprete y el que la escucha. Por poner un ejemplo, los compositores alemanes que han sido reconocidos mundialmente al compararse con el pueblo de México, no tendrían nada en común, en teoría, para empezar vivieron hace 200 años, hablaban alemán, su vida se desarrolló en un contexto diferente y, sin embargo, el escuchar su música, te impacta, alimenta tu alma. Es como "traer" el espíritu, el alma, el sentimiento de esa persona que murió hace tantos años, entenderla, poder transmitir lo que él sintió y quiso decir. Hay seres que como las estrellas aún extintas siguen iluminando nuestra vida.

Para poder transmitir la música es necesario descubrir lo que hay entre las notas, algo que viene del alma con lo que se logra que la gente vibre, incluso llore. No todo el mundo puede transmitirlo, a pesar de tener buena voz o ser excelente ejecutante, la entrega es lo más importante, es un don de Dios que no tiene todo mundo.

La música es creación. Lo más grande son las satisfacciones que recibes. En una ocasión llevé a mi hija Citlali —cuando tenía cinco años— a la Sala Nezahualcōyotl, y a la salida me dijo "papá, en el concierto lloré porque tocaste muy bonito". Esos momentos, ¿con qué los pagas? También una vez alguien me comentó, "yo estudié música por haberlo oído a usted".

Ahora soy parte de la Sinfónica de Minería, tengo el privilegio de trabajar con el maestro Carlos Miguel Prieto, quien además de ser un excelente músico, es inteligente, comprensivo, educado, es capaz de integrarnos, de hacernos sentir que nos guía un verdadero amigo. Y claro, puedo afirmar que los ingenieros han sido muy importantes en mi vida, de hecho, soy miembro fundador de esa maravillosa orquesta que es la Sinfónica de Minería. Hoy día los ingenieros siguen siendo mis benefactores. ¡Vivan los ingenieros y la Academia de Música de Minería!